

la algazara del pueblo que acudió para felicitarle. Esta alegría espantó tanto al anciano que, temiendo nuevos tormentos, expiró. El hijo, arrepentido de sus maldades, fué en busca de los maestros más afamados para que le consolaran y le devolvieran su perdida tranquilidad. Visitó uno tras otro á seis maestros sin encontrar lo que buscaba, hasta que finalmente buscó refugio al lado del Buda, que se hallaba entonces en su bosque de bambúes cerca de Radyagriha. Desde entonces fué Ayatasutra adepto tan fiel de Buda como lo había sido su padre.

Hallándose Buda en el postrer año de su vida, en el monte Buitre, cerca de Radyagriha, el sacerdote doméstico de Ayatasutra le llevó aviso de que su amo el rey se proponía marchar con su ejército contra los vriyi. Al oír esto el Buda se volvió hacia Ananda, que se hallaba detrás de él, y le preguntó: «¿Sabes, Ananda, si los vriyi observan como se debe las reuniones de fiesta?» Ananda contestó afirmativamente, no sólo á esta pregunta, sino también á las otras de su maestro, dirigidas á saber si los vriyi vivían unidos y en concordia; si no abolían las costumbres buenas, ni introducían las malas; si conservaban los usos patrios; si prestaban obediencia y honraban á los viejos; si trataban á sus mujeres ó á las jóvenes con cariño; si conservaban en todas partes sus santuarios, sacrificios y ritos, y si socorrían como merecían á las personas venerables, tanto á las del país cuanto á las extranjeras. «Mientras los vriyi, dijo el Buda, continúen observando estos siete deberes que les encargué en otro tiempo en Vaisali en el templo de Sarandada, podrán medrar, pero nunca decaer.» Después de haber oído esto el sacerdote del rey, se dió por enterado, saludó á Buda y se retiró.

Seguidamente mandó el Buda á Ananda que llamara á los monjes que vivían en Radyagriha y en sus inmediaciones, y cuando estuvieron reunidos les habló de los siete deberes cuya observancia asegura la conservación de una comunidad y no la deja perecer; y además les recordó otras siete condiciones de buena conducta, y otras seis relativas á actos, palabras y pensamientos. En otra ocasión inmediata les habló de los frutos pre-

ciosos que daban la buena conducta, la meditación profunda y grave y el buen criterio, con todo lo cual se sostienen las cosas mutuamente.

Después de esto, marchó con Ananda á Ambalatica y predicó en la casa del rey. Desde allí se dirigió á Nalanda, donde tuvo reuniones con Sariputra, y después pasó á la aldea Pataligrama, donde los adeptos y los fieles laicos le invitaron á la casa del común. En aquella ocasión explicó las cinco ventajas que conseguían los que obraban bien y los cinco perjuicios que resultaban á los que obraban mal, á saber: que perdían sus bienes, su buena fama, la seguridad en su modo de presentarse, la tranquilidad en la hora de la muerte y la bienaventuranza después.

Dirigióse desde allí el maestro con Ananda y los demás acompañantes á la aldea de Cotigrama, donde predicó á los monjes del lugar las cuatro grandes verdades cuya comprensión quita el deseo de la existencia, y la causa de volver á existir ó de renacer. De Cotigrama marchó á los pueblos de Nadica, en cuya posada le preguntó su compañero sobre el destino de muchos monjes, personas laicas, hermanos y hermanas que habían muerto, á lo cual le contestó Buda que nada tenía de particular que las personas muriesen; y como era molesto ser preguntado siempre por el destino de cada persona fallecida, le daba á él y á todos sus discípulos el medio de contestarse ellos mismos presentándole un «espejo de la verdad:» diciendo que, conscientes de su fe en Buda, de su doctrina y de su comunidad, y teniendo los conocimientos y virtudes inseparables de esta conciencia, podían él y todos los discípulos decirse: «Para mí ya no hay infierno; ya no volveré á nacer á una vida miserable; estoy seguro de mi salvación.»

Así inculcó en el ánimo de sus discípulos la idea de la muerte y de su fin cuando con Ananda se dirigió á Vaisali. Allí se alojó en la hacienda de recreo de Amrapali, la hermosa guarda, donde no cesó de exhortar á sus discípulos á que estuviesen siempre atentos, mirando atrás y adelante, y no se dejasen sor-

prender en su fe. Llegó en soberbio carro y con brillante séquito Amrapali, saludó al bienaventurado y le invitó á comer al día siguiente, después de haber oído sus edificantes explicaciones. Luego llegaron con iguales propósitos los nobles príncipes Lihavi, con séquito no menos ostentoso y brillante, á los cuales aquella señora salió á recibir y les contó el resultado de la visita de Buda, á la cual no quiso renunciar á favor de los príncipes. Por su parte, el maestro les acogió como merecían, pero sin poder aceptar su invitación. Al día siguiente acudió temprano á la morada de la señora, que había preparado un succulento banquete, y que después de haber servido opíparamente á sus huéspedes y haber disfrutado de las explicaciones del maestro, hizo donación á la comunidad y al Buda, como jefe, de su finca de recreo.

Llegó la estación del retiro, ó sea la de las lluvias, la postrera que el Buda pasó en el mundo, y la pasó en la cercana aldea de Bailva, mientras hizo alojar á los monjes en Vaisali y en sus alrededores. Entonces fué cuando cayó gravemente enfermo, y sólo el deseo de despedirse de los suyos le dió fuerza para levantarse otra vez. «Ananda, dijo con intención para que lo oyesen todos, triste es pensar que la comunidad descansa sólo sobre mí; tengo ochenta años y apenas puedo arrastrar mi cuerpo gastado, y ya sería hora de que cada uno fuese su propia lumbrera y no hubiese de buscar el apoyo de otros; el que así lo hiciere, hará bien y alcanzará el premio.»

Después de esto se dirigió una mañana con Ananda al santuario de Capala, donde se sentó sobre una estera y manifestó á su discípulo el deseo humano de vivir largo tiempo en la tierra en los siguientes términos: «¡Qué sitio tan ameno es Vaisali, la Udyana y el santuario de Capala! ¡Oh Ananda!, el que ha pensado, el que ha perfeccionado, el que ha hecho esfuerzos y ha trabajado, y se ha elevado hasta las alturas de la fuerza milagrosa, y se ha hecho dueño de ella para aplicarla como medio de progreso espiritual y como base de elevación santa, debería desear continuar la misma existencia durante una era ó el resto

de una era; esto lo ha pensado también el Tatagata;» pero como Ananda no entendió que el maestro decía esto para que él le suplicara que continuase en este mundo, le dijo, al fin, que se sentara un poco más apartado de él, y el discípulo así lo hizo. Entonces, dice la tradición, se apareció Mara, el espíritu de la muerte, é intimó á Buda la orden de dejar este mundo, á lo cual el santo contestó: «Alégrate, protervo, pronto se extinguirá el Tatagata; de aquí á tres meses morirá.» Al decir esto se libró Buda del deseo de prolongar su vida, y en aquel mismo momento se oyeron truenos en las alturas y la tierra se conmovió.

Habiéndose acercado Ananda otra vez á su maestro, le explicó éste las causas de la conmoción de la naturaleza que había presenciado, á lo cual añadió otras muchas observaciones, la repetida intimación del espíritu protervo y la contestación que él había dado. Entonces se le abrieron los ojos á Ananda y empezó á suplicar á su maestro que continuara todavía en este mundo hasta el fin de la presente era, para bien de la humanidad, de los dioses y del mundo con todos sus seres. El maestro le contestó que ahora ya era tarde; que si lo hubiese dicho antes cuando se apareció Mara, habría podido lograrlo; porque ya había aprendido que era menester separarse de todo, de los seres, de los objetos más caros, pues que todo lo que nace ha de perecer. Él ya había renunciado á vivir más tiempo, y habiendo dicho que dentro de tres meses moriría, no faltaría á su palabra. Lo mismo dijo á los monjes de Vaisali, á quienes Ananda, cumpliendo la orden del maestro, había convocado á la gran sala del jardín. Les exhortó á conservar firmes las verdades de su doctrina, que les volvió á repetir en resumen, y les dijo: «Todo lo que ha nacido, todos los seres compuestos, envejecen y perecen. También se descompondrá dentro de poco el Tatagata, que morirá de aquí á tres meses; por eso vigilad, hermanos, y no os dejéis sorprender.»

Estando todavía Buda en la aldea de Bailva, Sariputra, su discípulo más distinguido, se le acercó para despedirse para siempre, y de allí, presintiendo su próximo fin, se dirigió á Na-

landa, su aldea natal, acompañado de algunos centenares de discípulos y adeptos. Allí convirtió á su anciana madre y poco después murió en la misma estancia en la cual había nacido. Su amigo y compañero Maudgalyayana murió á manos de asesinos enviados por otros sectarios envidiosos. Al saber el Buda estas noticias, celebró en presencia de toda la comunidad las cualidades sublimes de aquellos dos discípulos distinguidísimos y que tantas conversiones lograron. Muchos fueron los santuarios que después fueron erigidos en honor de los dos discípulos.

El Buda, al salir de Vaisali para dirigirse á Bhandagrama, echó una mirada de despedida á aquel lugar querido. Desde Bhandagrama visitó sucesivamente otra multitud de aldeas cuyos nombres cita la leyenda, y en el camino no cesó de enseñar á Ananda y á los demás que le acompañaban, hablándoles de las cuatro verdades ó principios, á saber: una conducta perfecta, meditación perfecta, comprensión perfecta y liberación perfecta, que todos reunidos satisfacen, hacen olvidar el deseo de existir y anulan la existencia. Así llegó sucesivamente á Bogagrama, y siguiendo en dirección Norte, á Pava y al jardín de bambúes de Cunda, el herrero ó calderero. Éste, habiendo escuchado el sermón de Buda, le invitó con sus discípulos á comer para el día siguiente, y les fué á buscar por la mañana, dándoles una opípara comida que durante la noche había preparado. Naturalmente sazonó la fiesta el ilustre maestro con sus conversaciones edificantes.

Esta comida fué la última del Buda, porque apenas volvió á estar en camino cuando se sintió presa de dolores violentos. Creyó entonces morir; pero se rehizo y se dirigió á Cusinara ó Cusinagara, la misma población probablemente que hoy se llama Casia, al Oeste del antiguo lecho del Chota-Gandak ó Hirañavati. La distancia de Vaisali hasta Casia se calcula por la tradición en unas 20 yoyanas, que vienen á componer 140 á 160 millas inglesas, en cuyo trayecto confirman la tradición del último viaje del Buda muchas ruinas de *estupas* y nombres de lugares.

No tardó el Buda en tenerse que echar rendido de fatiga, y Ananda extendió su manto para que el maestro se echara á descansar. El Buda entonces pidió agua para apagar su sed, y el discípulo fué á buscarla al inmediato arroyo, con gran repugnancia, pero obedeciendo, porque los carros y personas que habían atravesado la corriente habían enturbiado el agua de mala manera. Sin embargo, apenas hubo llenado Ananda la escudilla, apareció en ella el agua clara y cristalina y la llevó al maestro.

Sucedió entonces que un hombre de Cusinara, de casta inferior, que pasaba por allí, se detuvo entablando conversación con el Buda. Inmediatamente observó que el espíritu de Buda sobrepujaba muchísimo al del maestro que él había tenido y que se llamaba Arala Calama. Comprendió, pues, y se convirtió, y al despedirse del Buda le ofreció respetuosamente como presente dos vestimentas magníficas de brocado que mandó llevar por uno de sus criados.

Cuando se hubo marchado, puso Ananda estos vestidos á su maestro, y entonces resplandeció Buda tanto, que obscureció el lustre de los tejidos, lo cual el mismo Buda declaró que era señal de su próximo fin y dijo: «Esta noche, Ananda, hacia el tercer cuarto, ocurrirá la defunción perfecta del Tatagata en la proximidad de Cusinara, en medio de dos árboles de *sal* (*vatica robusta*).» Diciendo esto, dió orden de dirigirse al Cacutstah, de cuyas aguas bebió el Buda y en ellas se bañó. Llegado que hubo á la otra orilla, seguido siempre de muchos monjes, volvió á echarse fatigado y enfermo sobre el manto de un monje llamado también Cunda, y dirigiéndose á Ananda le dijo que nadie reprendiera á Cunda, el herrero, por el banquete que había dado al Tatagata, porque aquella comida y aquella invitación habían sido tan meritorias como cualquier otro acto meritorio dirigido al Buda hasta entonces.

Dicho esto, volvió á levantarse y llegó con su acompañamiento al bosque de *sal* cerca de Cusinara, en la otra orilla del Hirañavati, y allí mandó á sus discípulos arreglarle el lecho con la cabecera del lado Norte, y se echó sobre el lado derecho con las

piernas extendidas la una sobre la otra, conservando todos sus sentidos, y diciendo: «Estoy cansado, Ananda.» A pesar de no ser la época de la floración, hallábanse cubiertos de flores los dos árboles entre los cuales el Buda había mandado disponer su lecho; las flores de aquellos árboles caían sobre el cuerpo del maestro, mezclándose con ellas otra lluvia de flores de Mandarava y de polvo aromático de sándalo que en medio de cantos y músicas celestiales caían de las alturas en honor del moribundo Tatagata. Ananda, que en el momento de perder á su maestro comprendió cuánto le faltaba todavía para saber, se apartó para llorar; lo cual observado por Buda, le hizo llamar otra vez á su lado y le inculcó de nuevo la necesidad de separarse de lo más caro en virtud de la ley eterna del nacer y perecer. Después le dió seguridades consoladoras, y en voz alta ponderó todas las excelentes cualidades de aquel hermano y servidor modelo. Seguidamente suplicó Ananda á su maestro que no dejara de existir cerca de la pobre aldea de Cusinagara, sino que muriese cerca de una de las seis ciudades capitales Campa, Radyagriha, Sravasti, Saketa Causambi y Varanasi (Benarés), donde vivían bracmanes y propietarios ricos que podían hacer grandes honores á los restos mortales del maestro; á lo cual le contestó éste: «No digas eso, Ananda.» En efecto, aquella miserable aldea, como él la llamaba, había sido en otro tiempo, bajo el reinado de Maha Sudarsana, una ciudad populosa y floreciente, centro de alegrías y de dichas, llamada Cusavati. Después mandó al discípulo ir al citado pueblo y anunciar á los habitantes el próximo fin de Tatagata, para que no tuviesen después que lamentar el no haber asistido en sus últimos momentos al maestro muerto en su territorio. Ananda hizo lo que se le mandó, y la noticia consternó y afligió á los habitantes, á quienes encontró justamente reunidos y que sin diferencia de edad se dirigieron al bosque, donde Ananda presentó á todos por grupos al Buda para que le mostraran su veneración.

En las horas del primer cuarto de la noche llegó también al sitio un monje llamado Subhadra, que presintiendo la próxima

muerte del Tatagata, quiso antes librarse de un escrúpulo, que consistía en saber si Purana-Casiapa y otros grandes y famosos maestros que nombró habían comprendido á fondo, como ellos pretendían, la esencia de las cosas. El maestro le contestó que en ninguna parte puede encontrarse la verdadera santificación sino en el camino que conduce á la perfección completa. «Yo he renunciado al mundo, dijo, á los veintinueve años para buscar la salud, y cincuenta años hace que recorro los anchurosos espacios de la virtud y la verdad, fuera de los cuales no hay santificación ni salvación.» Estas palabras hicieron tanta impresión en Subhadra, que se declaró convencido, iluminado y decidido á buscar su salud en el Buda, en su doctrina y en su comunidad.

Entretanto había ido avanzando la noche, y habían pasado el primero y segundo cuarto cuando el Buda, dirigiéndose á Ananda, dijo: «Cuando yo falte, os servirán de maestro las verdades y reglas que he establecido.» Después, dirigiéndose á todos los discípulos, añadió: «Si cualquiera de vosotros conserva algunos escrúpulos tocante al Buda, á las verdades y al camino enseñados por él, que hable con entera libertad.» Ananda tomó la palabra y dijo que él creía que en toda la reunión no había un solo discípulo que conservara la menor duda ni escrúpulo tocante al Buda, á las verdades ni al camino de la perfección. El maestro contestó: «Has dicho bien, Ananda; el Tatagata sabe que dices la verdad; por esto llegaréis todos los que os encontráis aquí convertidos, á la salvación perfecta;» y añadió: «Mirad, monjes, os lo repito: todo ser compuesto está sujeto á perecer. Buscad sin cesar vuestra salvación.»

Estas fueron las últimas palabras del Buda, y después de haberlas dicho se entregó á profunda meditación, en la cual se elevó en éxtasis gradualmente hasta la conciencia bienaventurada del infinito, llegando al fin á la nirvana perfecta, en cuyo momento, según la leyenda, se conmovió la tierra, resonó en el cielo el estruendo de truenos, y Brahma, el señor de la tierra, se dejó oír en estos términos: «Todos los seres del mundo dejan sus cuerpos inestables como este maestro augusto, que jamás

tendrá su igual entre los hombres, tan sabio era y de inteligencia tan clara.»

Esto sucedió hacia el fin del tercer cuarto de la noche. Cuando por la mañana Ananda, cumpliendo la órdenes de Anurudha, avisó al pueblo de Cusinara el fallecimiento del Tatagata, hombres, mujeres y niños, se dirigieron junto al lecho de muerte, erigiendo sobre él tiendas y un dosel, adornándolo todo con flores y guirnaldas, y entonaron cantos y músicas fúnebres con las danzas acostumbradas, continuando estas solemnidades durante seis días. Al séptimo día ocho jefes de Malla, lujosamente ataviados, levantaron el cadáver del Perfecto y lo llevaron en procesión solemne entre músicas, cantos y danzas fúnebres á su ciudad, entrando por la puerta del Norte. Durante el tránsito llovieron de las alturas celestiales, cubriendo todo el camino, flores de Mandarava, y desde la ciudad la procesión fúnebre, pasando por la puerta del Este, se dirigió á un santuario de los Malla llamado Mucutabandhama, donde envolvieron el cadáver en chales preciosos y le metieron en un ataúd y éste otra vez en otro y en otros, y luego lo colocaron encima de una pira colosal; mas no fué posible hacerla prender fuego hasta que llegó Mahacasiapa con su séquito de discípulos. Entonces, habiéndose inclinado respetuosamente ante los pies destapados del maestro difunto, encendióse la pira como si saliesen las llamas de dentro del cadáver, hasta que apagaron la hoguera chorros de agua perfumada. En seguida los Mallas de Cusinara recogieron los huesos del difunto y los llevaron á su sala de reunión, rodeando estas reliquias de arcos y lanzas formando enrejado, mientras el pueblo mostraba su veneración durante otros siete días otra vez con danzas, músicas, cantos, incienso y flores.

FIN DE LA OBRA

## ÍNDICE

### DEL TEXTO CONTENIDO EN ESTE TOMO

#### LIBRO QUINTO

##### LAS OBRAS DE LAS CIVILIZACIONES DE LA INDIA

	Páginas
CAPÍTULO I - <i>La literatura y las lenguas de la India.</i> - 1.º Valor de las antiguas producciones de la India. . . . .	5
2.º Himnos y poesías religiosas. . . . .	8
3.º Grandes epopeyas indas . . . . .	15
4.º Apólogos y proverbios. Cuentos y leyendas. . . . .	29
5.º Teatro indo. . . . .	32
6.º Obras literarias diversas. . . . .	36
7.º Las lenguas de la India. . . . .	37
- II - <i>Los monumentos de la India.</i> . . . .	43
1.º Clasificación de los monumentos de la India. . . . .	46
2.º Arquitectura de la India durante el período búdico. . . . .	54
3.º Arquitectura del período neobracmánico. . . . .	66
4.º Arquitectura de la India meridional. . . . .	87
5.º Arquitectura indo-musulmana. . . . .	93
6.º Arquitectura indo-thibetana. . . . .	100
7.º Arquitectura inda moderna. . . . .	105
- ADICIONAL. - <i>Descripción de algunos de los monumentos importantes de la India.</i> . . . .	109
- III. - <i>Las ciencias y las artes.</i> - 1.º La ciencia inda. . . . .	137
2.º Las artes indas. . . . .	142

#### LIBRO SEXTO

##### CREENCIAS, INSTITUCIONES, USOS Y COSTUMBRES

CAPÍTULO I - <i>Constitución mental de los indos.</i> . . . .	157
1.º El destino . . . . .	160
2.º El carácter. . . . .	162
3.º La vida, la vejez y la muerte. . . . .	163
4.º Móviles de las acciones humanas. . . . .	164
5.º Las mujeres. . . . .	167
6.º El saber y la ignorancia. . . . .	168
7.º La riqueza y la pobreza. . . . .	170
8.º De la conducta que se ha de seguir en las diversas circunstancias de la vida. . . . .	172
9.º La política. . . . .	179